

El museo en la UNAM (México). Arquetipos, procesos y nuevos compromisos

The museum in UNAM (Mexico). Archetypes, processes and new commitments

LUISA FERNANDA RICO MANSARD

lfrico@dgc.unam.mx

Dirección General de Divulgación de la Ciencia. Universidad Nacional Autónoma de México

Recibido: 11 de agosto de 2018 · Revisado: 2 de septiembre de 2018 · Aceptado: 12 de septiembre de 2018

Resumen

Los museos en el Nuevo Mundo, como tantas otras instituciones educativas y culturales, se crearon a partir de modelos europeos. En un principio, muchos museos buscaron el apoyo de las universidades para su consolidación, hasta su transformación en instituciones estatales o autónomas. Los museos universitarios, en cambio, derivaron inicialmente de actividades docentes e investigativas, hasta que, con el tiempo, se planearon con una intencionalidad divulgativa. Aquí se destaca la trayectoria de las colecciones y el primer museo de la Universidad Nacional Autónoma de México que marca el surco de muchas actividades museográficas posteriores.

Palabras clave: Coleccionismo; Gabinete-museo; Funciones universitarias; Internacionalización; Comunidad multicultural.

Identificadores: Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM).

Topónimos: México.

Periodo: Siglo 19; Siglo 20.

Abstract

Museums in the New World, like many other educational and cultural institutions, were created following European models. At first and during their consolidation, many museums sought the support of universities, until their transformation into state or autonomous institutions. University museums, in return, derived since their origins from teaching and research activities, until, over time, they assumed the intention of popularization. Here we highlight the history of the collections and the first museum of the National Autonomous University of Mexico, which set the path of many other subsequent museographic activities.

Keywords: Collectionism; Cabinet-museum; University functions; Internationalization; Multicultural community.

Identifiers: Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM).

Place Names: México.

Period: 19th Century; 20th Century.

CÓMO CITAR ESTE TRABAJO | HOW TO CITE THIS PAPER

RICO MANSARD, L. F. (2018). El museo en la UNAM (México). Arquetipos, procesos y nuevos compromisos. *Cuadernos de Arte de la Universidad de Granada*, 49: 53-68.

Coleccionismo y museos en ambos lados del Atlántico

Como tantas otras instituciones trasterradas del Viejo Mundo, el museo en el Continente Americano se crea como un establecimiento cultural en el que se extienden modelos conceptuales-operativos destinados a desarrollar y divulgar conocimientos especializados a partir de objetos y colecciones. Antes del siglo XVIII, aquí no se registró tradición coleccionista, ni actividad expositiva a la usanza europea, por lo que los museos, jardines botánicos y las academias de este continente siguieron los esquemas de allende el mar, convirtiéndose en organismos análogos a los europeos dedicados a fomentar la investigación, la docencia y la divulgación de diferentes temas (Rico, 2003).

Según lo demuestran algunos códices antiguos, en el México de los aztecas predominó un gran interés por reunir, estudiar, preservar y reproducir plantas y animales en jardines especiales. En aquellos tiempos, la relación hombre-naturaleza se ponderaba como parte esencial de la vida, por lo que su estudio y cuidado se consideraba fundamental para la subsistencia de personas, plantas y animales. El propio Hernán Cortés describió con admiración los jardines de Moctezuma¹. La fama de estas colecciones vivientes pronto cruzó el Atlántico haciendo que el rey de España, Felipe II, enviara a su protomédico Francisco Hernández para estudiar y reunir lo más representativo de la flora y fauna americanas a fin de llevarlas a Europa y sacar mayor provecho de ellas. Desafortunadamente esta misión no prosperó, por lo que prácticas y conocimientos botánicos nativos quedaron en el olvido, situación que prevaleció durante casi tres siglos más.

En la América católica no se fomentó un coleccionismo en los siglos posteriores a la Conquista. No hay que olvidar que el Santo Oficio ejercía su poder en el momento que consideraba conveniente y poseer objetos no cultuales o ‘incomprensibles’ para los inquisidores, implicaba a sus poseedores el enfrentar desde un fuerte castigo, hasta la pena de muerte². Los Autos de Fe habían dejado honda huella en los lugareños, como el organizado en Yucatán por Fray Diego de Landa, en 1562, en el que se destruyeron cerca de 5 000 ídolos, códices y objetos sagrados de los mayas, considerados por los españoles como heréticos. La fe, por un lado, y el miedo, por el otro, se erigieron en impedimentos inexcusables para la curiosidad y posesión de objetos distintos a los socialmente aceptados. Además, se luchaba contra todos los herejes, así como contra ‘objetos y libros prohibidos’ que pudieran constituir una ofensa para el catolicismo.

Las pocas colecciones no religiosas que llegaron a formarse, se lograron gracias a intereses principalmente privados, como son los casos de algunos mineros, naturistas,

1 “Segunda Carta de Relación”, 30 octubre, 1520.

2 En México y Lima, el Santo Oficio se estableció en 1569; en Cartagena de Indias, en 1610; en la América portuguesa, la Inquisición extendió su influencia a finales del siglo XVI. Cabe resaltar que desde 1571 se excluyó a la población originaria de la orden inquisitorial (Lettieri, 2012).

farmacéuticos o médicos en el siglo XVIII (Rico, 2004; Vega, 2014b; Constantino, 2014). Pero estas piezas y colecciones no se daban a conocer públicamente, sino solo a personas muy cercanas y confiables.

De hecho, fue hasta que se extendieron las “luces del pensamiento ilustrado”, que colecciones y museos cristalizaron en ambos lados del Atlántico. En Europa, varios factores propiciaron su consolidación. Entre ellos:

- El surgimiento de una clase pudiente, con suficiente capacidad económica para mandar hacer obras de arte y adquirir piezas de diversa índole.
- El descubrimiento de América y la constante expansión marítima a otros territorios, que proveyó a coleccionistas y estudiosos de objetos materiales (entonces, curiosidades y rarezas) de distintos lugares del mundo.
- La imprenta guttembergiana, que facilitó la forma de aprender, diversificando los temas de estudio y liberando los conocimientos concentrados en pequeños círculos de personas cultas, principalmente vinculadas a la religión.
- La Reforma Religiosa de Lutero, que quitó a la Iglesia Católica la verdad absoluta sobre el presente y futuro del hombre. La libre interpretación de ideas y sucesos empezó a expandirse, primero en Europa, después en América, cambiando las visiones de la vida y el mundo.
- La expulsión de las comunidades judío-musulmanas de la Península Ibérica, decisión que no solo alteró el orden económico establecido en la Península, sino que volvió a estos grupos más presentes en otras partes del mundo. Muchos de sus integrantes aprovecharon la oportunidad para viajar al nuevo Continente y empezar allí una nueva vida, libre de presiones religiosas.

Estos cambios llevaron al reconocimiento “del otro” y “lo otro”, dando lugar a una ‘apertura cultural’ sin precedente. Ordenar piezas, estudiarlas, reunir las para aprender, crear microcosmos y explicar el devenir del mundo se volvieron acciones prioritarias de los estudiosos. El interés por un coleccionismo laico se vio favorecido con la reforma luterana que propició la adquisición de ‘objetos terrenales’ y el desarrollo de estudios científicos, antropológicos y artísticos. Todo ello tuvo que encontrar lugares físicos apropiados para su desarrollo, lugares que con el tiempo derivaron en gabinetes, galerías, salas y museos.

Para el siglo XVIII, ese mismo interés por conocer el mundo propició que, paralelamente a los museos, surgieran también los archivos y las bibliotecas, aumentaran las publicaciones y se reuniera todo el saber de la época en la célebre *Encyclopédie* (o Diccionario razonado de las ciencias, las artes y los oficios 1751 y 1772), magna obra de Diderot, D’Alembert y otros franceses ilustrados. Objetos y colecciones fueron la materia prima para crear y sustentar los nuevos conocimientos. Además de cámaras de

rarezas, gabinetes científicos y galerías de arte, para esos años también se establecieron formalmente los primeros jardines botánicos³.

Así, obras de arte, colecciones y trabajos exploratorios auspiciados inicialmente por miembros de la Iglesia, fueron posteriormente promocionados por señores feudales y personas acaudaladas. Más allá de estos patrocinios personales y en virtud del considerable aumento de acervos e investigaciones, tanto gabinetes especializados, centros de estudio, como academias de arte encontraron su asiento natural en las universidades. De hecho, éstas se convirtieron en los lugares idóneos para la reunión y el estudio de piezas, toda vez que allí se fomenta la diversidad de conocimientos y donde las colecciones se aprovechan en su triple función: investigación, docencia y divulgación.

Para entonces, tanto en Europa, como en América había ya varias universidades bien asentadas⁴. El coleccionismo especializado fue integrándose a ellas a partir de los distintos intereses académicos. Pero, lo destacado aquí, es que más que solo concentrar y exhibir colecciones, se fomentaba un alto grado de compromiso e implicación académica entre profesores, ayudantes y estudiantes a través de la investigación, preservación y difusión de los acervos.

Se atribuye al Ashmolean Museum (1683) de la Universidad de Oxford, el origen de los museos universitarios, lo que no excluye que hubiera años antes colecciones exhibidas en otros centros de educación superior europeos. Sin embargo, el Ashmolean fue el primero que se instaló formalmente en la Universidad con algunos acervos propios y con importantes colecciones naturales, geológicas, zoológicas y objetos hechos por el hombre, donadas por el rico anticuario Elías Ashmole. Bajo el principio de que “los conocimientos de la naturaleza son muy necesarios para la vida y la salud humanas”, el museo abrió sus puertas al público, rompiendo así con la tradición imperante del visitante elitista. Desde su apertura, los acervos se exhibían cuidadosamente ordenados. Además, trabajadores y visitantes debían cumplir con el reglamento del museo. El Ashmolean se convirtió en un modelo a seguir por muchos otros museos que copiaron las formas de coleccionar, investigar, exhibir y reglamentar estas instituciones.

Independientemente de este instituto británico, quedaba ya claro que el manejo de piezas, así como su inserción en colecciones específicas es resultado de un trabajo minucioso y especializado que sólo pueden realizar personas dedicadas exclusivamente a ello, de ahí que instituciones de altos estudios se volvieran las apropiadas para albergar estas labores.

3 El primer jardín botánico registrado en Europa es el de Padua de 1545. Para el siglo XVIII había 20, repartidos en las ciudades más importantes (Bye, 1994:44).

4 Entre las primeras: Universidad Nacional Mayor de San Marcos de Perú, 1551; Real y Pontificia Universidad de México, 1551; Universidad de Santo Tomás de Aquino de Santo Domingo, 1558; Pontificia Universidad de Santo Tomás de Aquino, Bogotá, Colombia, 1580; Universidad de Sn. Fulgencio, Quito, Ecuador, 1586; Pontificia Universidad de Córdoba, Argentina, 1613; Universidad de Santo Tomás de Aquino, Santiago, Chile, 1619; Real y Pontificia Universidad de Mérida, Yucatán, 1618; Pontificia Universidad de Francisco Javier, Bogotá, Colombia, 1621; Universidad de San Gregorio Magno, Quito, Ecuador, 1621; Real y Pontificia Universidad de San Francisco Xavier, Sucre, Bolivia, 1624; Real Universidad de San Carlos Borromeo, Guatemala, 1676...

Arquetipos

Universidades e instituciones de educación superior pasaron al Nuevo Continente siguiendo los parámetros europeos. En la América española, las primeras estuvieron muy controladas a cargo de órdenes religiosas y bajo el modelo de las universidades de Salamanca y Alcalá de Henares (Rico, 2017). Fue con el influjo de las nuevas ideas de finales del siglo XVIII, que inició su transformación, a la par que se creaban otros establecimientos de enseñanza.

Desde entonces, los avances en materia natural, artística y técnica crecieron notablemente en Europa por lo que se necesitaba contar con ejemplares e información de todas partes del mundo. La globalización cultural de aquella época produjo muchas colecciones y un intercambio constante entre especialistas del mundo occidental, siendo los temas naturales y artísticos, los primeros en traspasar fronteras.

Coadyuvaron en esto nuevas instituciones laicas que, para el caso de México, estuvieron al margen de la Real y Pontificia Universidad, pero al servicio de los intereses sociales y económicos la Corona y el virreinato (Figs. 1 y 2). Entre ellas, la Real Academia de Cirugía (1768), el Real Seminario de Minería (1792), la Real Academia de las Nobles Artes de San Carlos (1784) la Real Cátedra de Botánica (1787) y el Real Jardín Botánico (1787) (Vega, 2014a:38). Por otro lado, el reconocimiento territorial y natural de estas tierras se hizo con las tres grandes expediciones botánicas de Perú y Chile (1777-1811), Nueva Granada (1783-1818), Nueva España (1787-1803). También se realizó la primera expedición anticuaría de Nueva España (1805-1809).



1. Primer edificio universitario, centro histórico. Actualmente Museo UNAM HOY



2. Placa conmemorativa del establecimiento de la Real y Pontificia Universidad de México

Establecer estas instancias académico-exploratorias requirió del traslado de mucho personal y utensilios de trabajo para asegurar su buen éxito. Así, de manera directa o indirecta se constituyeron los primeros grupos de objetos, algunos de los cuales pudieron sobrevivir los embates del tiempo. Como ejemplo, destaca el caso de las artes cuando se enviaron de Europa ejemplares en yeso, metal y papel que, a la vez que sirvieron de material didáctico para los estudiantes de arte, también podían ser visitados por

personas ajenas a la institución. Algunos de estos acervos integran hoy en día parte de los tesoros culturales de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM).

Si bien, estos acervos —y otros formados de manera privada por ciertos coleccionistas— sirvieron para inspirar su institucionalización y apertura pública (Rico, 2017), la posibilidad de crear un museo formal estaba todavía muy lejana. No obstante, la instauración del museo en América no tuvo que pasar por un proceso evolutivo tan largo como el de Europa, toda vez que se creó a partir de los modelos desarrollados en países de allá, como Inglaterra, Alemania, Francia y España. Ejemplo de ello son el Museo de Historia Natural de México (1790) y su hermano menor, en Guatemala (1796), ambos creados por José Martínez Longinos, naturalista español exintegrante de la Expedición Botánica de la Nueva España. Los dos se inauguraron ‘con pompa y circunstancia’, aunque no subsistieron largo tiempo debido, principalmente, a la falta de continuidad en su funcionamiento y a las convulsiones políticas de la época (Rico, 2004).

En los países que hoy integran Latinoamérica, el establecimiento formal de museos fue posterior a las declaraciones de independencia, siendo piezas y colecciones del pasado su núcleo fundacional. Así como en la Europa de después del Congreso de Viena (1815), se buscaron piezas antiguas y concentraron obras de arte para integrar los primeros museos nacionales (Bazin, 1969: 141-191), en América se justificó su establecimiento a partir de piezas e historias pretéritas de cada lugar.

En el caso de México, las denominadas “antigüedades mexicanas” se convirtieron en los elementos tangibles para identificar culturalmente a los mexicanos entre sí, distinguiéndolos, primero de los españoles, y después, de habitantes de otros países. Así, las piezas que entraban al museo permitieron repensar la historia, concentrar la memoria del pasado e inspirar los valores reconocidos como propios por la nación independiente (Florescano, 1995: 522).

Mientras que piezas de historia natural y arte se reunían y exhibían para que la gente estuviera al tanto de los adelantos culturales en otras partes del mundo, la historia social y la arqueología sirvieron para mirarse a sí mismos, partiendo de un pasado antiguo y glorioso, digno de ser rescatado y mostrado al mundo.

Procesos

La falta de una tradición museográfica en América hizo que se copiaran modelos externos y que se avanzara en la práctica cotidiana según las necesidades que se fueran presentando. Se habían iniciado previamente algunos trabajos de archivo y de antigüedades⁵, pero no lograron su consolidación como instituciones formales.

En México, se creó el Museo Nacional el 18 de marzo de 1825 como una de las primeras acciones del país independiente. Se ordenó albergar allí lo que había quedado de las colecciones naturales de Martínez Longinos; pero además, los constantes descu-

5 Junta de Antigüedades Mexicanas de 1808 a 1813. Después, en 1822 se mandó establecer en la universidad un Conservatorio con las colecciones de historia natural y piezas anticuarias dispersas en distintos edificios.

brimientos de piezas prehispánicas, la necesidad de resguardarlas y darlas a conocer llevaron a concentrar todo en el mismo lugar. El desconocimiento de los objetos, la falta de experiencia, así como de un espacio autónomo hicieron que el recién creado museo se instalara en una parte del edificio de la universidad.

Entendida esta como un espacio físico protegido de amenazas externas⁶, dedicada exclusivamente al estudio y la cultura, como un semillero de jóvenes entusiastas por superarse y con personal altamente preparado, la universidad se convirtió en el lugar idóneo para las colecciones y el museo. Pero no como un museo universitario como tal, sino simplemente como un depósito o, en determinado caso, un lugar para la investigación y la exhibición⁷.

El fortalecimiento de universidad y museo como entidades independientes se fue dando conforme se estabilizaba política y económicamente el país; proceso que llevó varias décadas. No obstante, gracias a la universidad de esta época se conservaron e investigaron muchas piezas que podemos apreciar en la actualidad, como las célebres Coatlicue y la Piedra de Tizoc que lucen majestuosamente en la Sala Mexica del Museo Nacional de Antropología.

En cuanto a lo académico, el incremento de estudios superiores llevó a la creación de escuelas nacionales e institutos especializados independientes (ingeniería, medicina, artes, geología, etc.), que, al iniciar el nuevo siglo, convergieron en la Universidad Nacional (Figs. 3, 4 y 5). El Museo Nacional, en cambio, fue trasladado a lo que fuera la Antigua Casa de Moneda, en 1866, donde se pudo exhibir más holgadamente sus colecciones, fomentar investigaciones y publicaciones relativas a sus contenidos de historia, arqueología e historia natural.

Esta separación favoreció con mucho a ambos organismos, tanto en el sentido identitario, como operativo, lo que propició el aumento de colecciones, la diversificación de especialidades y el desarrollo de actividades propias. No obstante esta separación desde entonces —y hasta la fecha—, existe una triada de cooperación indisoluble y cada vez más vital que une universidad, patrimonio y museos solucionando problemas de conservación, preservación e investigación especializada a nivel nacional.

Durante este proceso de definiciones institucionales, también se avanzó en cuanto al coleccionismo académico, debido a que las nuevas escuelas adquirían frecuentemente equipos, instrumentos y materiales para la investigación y la enseñanza (física, biología, óptica, química, etc.), que se instalaban en gabinetes y laboratorios. Su disposición en anaqueles y vitrinas se hacía de tal manera que el público no académico, pero interesado en esos temas podía visitarlos en días y horarios preestablecidos (Rico, 2004: 85).

6 No hay que olvidar que durante el movimiento de Independencia, la famosa escultura de Carlos IV (“El Caballito”) se trasladó al patio de la Universidad para evitar su maltrato o destrucción total.

7 La vida universitaria del México del siglo XIX fue muy irregular, hasta la formación de las Escuelas Nacionales, núcleo inicial de la Universidad Nacional.



3. Antigua Academia de San Carlos



4. Interior de la Antigua Academia de San Carlos



5. Ex Palacio de la Inquisición, Antigua Escuela Nacional de Medicina, actualmente Museo de la Medicina Mexicana

Estos acervos aumentaron también porque profesores de distintas carreras tuvieron la necesidad de formar colecciones didácticas con ejemplares del entorno (botánica, zoología, mineralogía, arte, etc.), situación que los llevó a implicar a sus estudiantes en actividades prácticas de museos, como reunión, investigación, catalogación, conservación, registro gráfico, exhibición de piezas, redacción de cedularios, explicaciones orales, visitas guiadas, etc. La doble función didáctico-expositiva de piezas, colecciones y actividades académicas hizo que estos espacios destinados originalmente solo para la enseñanza se conocieran comúnmente como gabinetes-museo, término frecuentemente utilizado en el ámbito universitario y capitalino⁸.

Al iniciar el siglo XX hubo la necesidad de reestructurar los estudios superiores y concentrarlos en un solo organismo educativo, que sería la Universidad Nacional de México (1910), a partir de 1929, Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM). La nueva institución creció considerablemente. Para su buen funcionamiento, se le adjudicaron los bienes inmuebles y muebles de las distintas Escuelas, de tal suerte que todos

8 Como los de la Escuela Nacional Preparatoria. Cabe destacar que en ciudades importantes de México y Latinoamérica que no contaban con universidades se establecieron Centros o Institutos Científicos y Literarios, mismos que estimulaban este tipo de coleccionismo académico para llevar a cabo sus actividades.

los materiales utilizados para las actividades académicas quedaron integrados como patrimonio universitario. Con los años, muchas de estas piezas han sido catalogadas como parte del patrimonio histórico-cultural de la UNAM.

Nuevos compromisos

El incremento de las universidades trajo consigo la redefinición de sus funciones, la creación de cooperaciones institucionales y la internacionalización de sus actividades. Para beneficiar a más gente, docencia e investigación dieron paso a la extensión académica y la difusión de la cultura, permitiendo con ello el acceso de muchas personas a la vida universitaria. Si para entonces, las colecciones habían respondido principalmente a intereses meramente académicos (medicina, biología, física, química, artes plásticas, etc.), también se presentaba la necesidad de tener espacios para otro tipo de exhibiciones. La fama de los muralistas mexicanos había traspasado ya las fronteras, por lo que era el momento apropiado para dar a conocer obras de menor formato, así como a otros artistas. Los nuevos espacios fueron galerías particulares gestionadas por coleccionistas y promotores del arte.

La UNAM, ubicada todavía en sus instalaciones del centro histórico, también incurrió en este movimiento con la organización de algunas exposiciones temporales en su *Galería de Arte*, entre 1937 y 1941 (Abraham, 2012:43), pero no fue sino hasta su reubicación en un campus propio —la nueva ciudad universitaria—, que se pensó en un museo universitario como tal, destinando un espacio especial para el MUCA (Fig. 6).



6. Museo Universitario de Ciencia y Arte (MUCA)

El ahora ya célebre MUCA (Museo Universitario de Ciencias y Arte) fue planeado para mostrar los diferentes productos y creaciones artísticas de la comunidad universitaria, así como para presentar exposiciones temáticas importantes. Bajo el principio “el Museo es la universidad abierta”⁹ inició actividades en febrero de 1960 con una magna exposición. El presidente de la República fue promotor de este arranque; hecho no debe pasar inadvertido, ya que, cronológicamente, el MUCA constituyó el preámbulo del gran impulso a la museografía mexicana, promovido por el propio presidente¹⁰; conceptualmente, se planeó como un museo dinámico, sin colecciones, ni exposiciones permanentes, con un marcado sentido didáctico al servicio de su comunidad. Esta perspectiva sirvió para que en pocos años se convirtiera en un laboratorio museográfico de primer nivel.

Estas ideas fluían ya en varios ambientes culturales del mundo, dado que la UNESCO —de gran actividad e influencia en México desde su creación—, recomendaba a todos los museos privilegiar acciones para hacerlos más accesibles, a partir de una clara intencionalidad educativa¹¹. El MUCA surgió en esta coyuntura, insertándose desde su inicio al movimiento museístico internacional¹².

A ese primer museo universitario de la UNAM, le han seguido 24 más —entre muchos otros espacios museográficos—, de distinto tipo, tamaño y contenido; con diferentes objetivos, según sus misiones y dependencias de adscripción; en ubicaciones variadas y con impacto social diverso; pero apoyando siempre las funciones universitarias de docencia, investigación y difusión de la cultura que, hoy por hoy, se han incrementado con acciones de intercambio, gestión, innovación, integración y vinculación universitarias.

Los procesos de globalización, los acuerdos y compromisos establecidos por la UNAM con varias universidades y organismos internacionales continúan impulsando el incremento, la conservación y el cuidado del patrimonio, las colecciones y los museos universitarios. Los reconocimientos por parte de la UNESCO del Centro Histórico de la Ciudad de México como Patrimonio de la Humanidad, en 1987 (donde la UNAM tiene varios edificios y museos); y del campus universitario, en 2007, incrementan los compromisos de preservación y servicios museísticos procurando siempre la implementación de buenas prácticas y modelos estandarizados¹³ a fin de continuar a la vanguardia a nivel internacional (Fig. 7).

9 Descripción del promotor y primer director del MUCA, Dr. Rubín de la Borbolla.

10 El mismo presidente Adolfo López Mateos dio este impulso en 1964, con la inauguración de los cinco grandes museos de México: Museo Nacional de Antropología, Museo Nacional del Virreinato, Museo de la Ciudad de México, Museo de Historia Natural y Museo de Arte Moderno.

11 Conferencia General, París, 14 nov.-15 dic., 1960.

12 En este sentido puede destacarse también el trabajo del Museo “del Caracol” con una museografía didáctica que da entrada a la narrativa del Museo Nacional de Historia, en el Castillo de Chapultepec.

13 “Declaración de Alcalá sobre la protección, conservación y difusión del patrimonio universitario”, Alcalá de Henares, España, 10 de mayo 2013, *Simposio Internacional: Universidades Declaradas Patrimonio Mundial por la UNESCO*, pp. 157-181.

“Declaración de México sobre protección, conservación y difusión del patrimonio, las colecciones y los museos universitarios” (2015), *Gaceta UNAM*, 9 nov. 2015, p. 18.

“Acuerdo por el que se crea el Seminario Universitario de Museos y Espacios Museográficos (SUMyEM), *Gaceta UNAM*, 22 mayo 2017, pp. 22-23.



7. Biblioteca Central, campus universitario

Cuando las universidades se vuelven por largo tiempo en el eje de la vida académica y cultural de un país —como es el caso de la UNAM para México—, adquieren un compromiso social mucho mayor, dado que sus acervos históricos y artísticos ya no solo testimonian parte de su vida académica, sino que estos se convierten en elementos importantes del patrimonio nacional. Pero no se trata solo de enfocar la mirada en cuantificar colecciones y museos universitarios, diversificar los temas por exhibir o de implementar nuevos programas de exhibición, sino que el reto radica en revisitarlos, repensarlos para darles un sentido de actualidad y vigencia, con el propósito de mantener presencia y visibilidad dentro de una oferta cultural cada vez más variada y competitiva. Tal y como se hiciera con la antigüedades mexicanas para proyectar al Museo Nacional a principios del XIX; ahora, se trata de centrar la mirada en ‘lo universitario’ y en la esencia de la UNAM con todas sus riquezas y funciones —que es lo que la distinguen y revitalizan—, para proyectar sus museos universitarios.

En un entorno globalizado, no hay duda que estos continuarán apoyando las funciones universitarias tomando en cuenta que no solo van a exhibir informaciones científicas, humanísticas o estéticas, sino también deben crearlas para fomentar sociedades del conocimiento y de saberes compartidos, a partir de una comunidad multicultural e incluyente, como es la comunidad universitaria.

Referencias bibliográficas

- Abraham, B. (2012). *El Museo Universitario de Ciencias y Arte de la UNAM. Crónica de una institución de vanguardia*. México: UAEM.
- Ashmolean Museum of Art and Archaeology, University of Oxford. <https://www.ashmolean.org/history-ashmolean> [Consultado 11-05-2018].
- Bazin, G. (1969). *El tiempo de los museos*. Barcelona: Daimon.
- Bye, R. (1994). Historia de los Jardines Botánicos: Evolución de estilos, Ideas y Funciones. *Revista Chapingo*, serie Horticultura, México, AUCH, 2, 43-53.
- Constantino, M. (2014), Coleccionismo y gabinetes de historia natural en la Nueva España borbónica. En Rico, L. *Nuevas aportaciones a la museología mexicana* (pp. 13-34). México: UNAM.
- Cortés, H. (1960). *Cartas de Relación*. México: Porrúa.
- Florescano, E. (1995). *Memoria mexicana*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Lettieri, A. (2012). La Inquisición en América y los infiernos de la Iglesia. Disponible en: <https://laicismo.org/la-inquisicion-en-america-y-los-infiernos-de-la-iglesia/> [Consultado 11-05-2018].
- Rico, L. (2003). Entre gabinetes y museos. Remembranza del espacio universitario. En *Perfiles Educativos*, CESU-UNAM, 3ª Época, XXV (101), 66-96.

- (2004). *Exhibir para educar: objetos, colecciones y museos de la ciudad de México (1790-1910)*. Barcelona: Pomares.
- (2017). Polisemia, interdisciplina y museología en nuestros museos universitarios. Ponencia en *Memorias VIII Encuentro de Museos Universitarios del Mercosur, V Encuentro de Museos Universitarios de Latinoamérica y el Caribe y I Encuentro de Museos Universitarios de Perú*. Lima, Perú (en prensa).
- Vega, R. (2014a). *La naturaleza mexicana en el Museo Nacional*. México: Historiadores de las Ciencias y las Humanidades A. C. (HCHAC).
- (2014b). La colección naturalista del Museo Nacional de México y los visitantes extranjeros. En Rico, L. *Nuevas aportaciones a la museología mexicana* (pp. 35-64). México: UNAM.